



DE FLOR EN FLOR,

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



Me he hecho mil veces esta sencilla reflexion: entre las muchas personas que cruzamos y discurrimos diariamente por las calles y paseos de nuestra villa, solo una ha de pasar á la posteridad; entre todos los vizcainos (para no salir en este sencillo razonamiento de nuestro pueblo y de nuestra madre Vizcaya) entre todos los vizcainos que viven, solo uno, hasta hoy al ménos, legará su nombre á las futuras generaciones: D. Antonio de Trueba. Su *Libro de los Cantares y sus Cuentos de color de rosa*, para citar algunas de sus muchas obras, han traspasado la frontera de nuestro país y de nuestra nacion, como traspasarán mañana—y han traspasado ya en sus numerosas ediciones—las fronteras del tiempo, para hablar á las generaciones venideras. ¿Qué quedará de todos nosotros, qué quedará de los que hoy se distinguen en cargos públicos, en el ejercicio de una profesion ó de cualquiera otra manera, cuando esos cuentos y esos cantares y esas obras sigan conmoviendo el corazon de las gentes venideras, como han conmovido el nuestro?

Y esos hombres, cuyo nombre es conocido de las gentes extranjeras y ha de pasar á las venideras gentes, son como los representantes que un país envia á los otros pueblos y á las otras edades. Por eso al honrarlos y enaltecerlos, se enaltece y honra á si propio y apa rece honrado y enaltecido á los ojos de los extraños.

Tambien me he preguntado muchas veces: estas reflexiones tan sencillas, tan claras, tan verdaderas y que, si honran á uno, no ofenden á nadie ¿se las habrán hecho los paisanos de Trueba? Me autori-

zan à creerlo así las repetidas distinciones y mercedes que ha merecido de la representacion más genuina, más querida y más solemne del Señorío y de sus moradores: las Juntas de Guernica. Si alguna duda con respecto á algunas gentes me queda, no tiene otra base ni otro fundamento que aquella gran verdad, que ha llegado á ser verdad vulgarísima: *Nemo propheta in patria sua*, nadie es profeta en su pátria.

Al ponerme á hablar de una nueva obra de D. Antonio de Trueba, naturalísimamente y como por sí mismas han venido á mi mente las precedentes consideraciones.

«*De flor en flor* he llamado á este libro, dice, porque es el fruto más dulce y selecto del mariposeo de mi corazon y mi inteligencia en el jardin de la belleza moral y estética.» Ocioso parece, despues de copiar tales palabras, añadir nada para defender á esa *miscelánea literaria* de la poca estimacion de que goza el género en la república de las letras, segun cuida de advertirnos el mismo autor. Y sin embargo he de añadir algo.

Hace pocos días escribía Trueba y rezaba Trueba una bellísima *Plegaria de un anciano* y cuando llega esta edad el espíritu del escritor y del poeta, lleno de la experiencia que dan los años, aprecia los diferentes hechos que van sucediéndose en la vida y en la sociedad con un acierto y un tino y una facilidad ménos comunes en las otras edades. Su inteligencia, que ha trabajado constantemente durante ese número dilatado de años, ha hecho brotar además ideas que no han tenido cabida en obras anteriores, ni podrían tenerla en una nueva que obedeciera á un plan uniforme; ha ido dejando, digámoslo así, cabos sueltos, que el tiempo y la ocasion hacen renacer. Pues todo esto, que no podría tener cabida en otra parte, puede afortunadamente y debe reunirse y conservarse en una *miscelánea*. ¡Con cuánto placer leía yó las preciosas correspondencias y verdaderas *misceláneas*, que otro gran poeta y gran prosista, D. José Selgas y Carrasco, escribió en los últimos años de su vida en un periódico de esta localidad, á pesar de los continuos y extraordinarios desatinos que le hacían decir cajistas y pseudo-correctores!

Y para no buscar ejemplos fuera del libro que examino, fijémonos en el precioso artículo: *Lo que el vulgo piensa de la poesía*, escrita con ocasion del centenario de Calderon. ¿Qué quedaba por decir, cuando los periódicos habian llenado ya sus columnas con la descripción de

festejos, fiestas literarias, procesiones cívicas; etc., etc., cuando en prosa y en verso, de palabra y por escrito, en Madrid y en provincias, en libros, en compendios y en nuevas ediciones de sus obras se había dicho de Calderon y de su teatro y de su tiempo cuanto podía decirse y aún más de lo que podía decirse? Pues Trueba encontró algo nuevo que decir y preguntó lo que á nadie le había ocurrido preguntar: «¿Qué pensará de todo eso el vulgo? qué efecto le causarán esos honores cuasi-divinos otorgados á un poeta, á un *coplero*?» Y con estas sencillas preguntas, analizando magistral y oportunísimamente la idea que del poeta tiene el vulgo—esto es, *no solamente las gentes bajas y plebeyas, sinó todo aquel que no sabe*, según frase de Cervantes—y corrigiendo esa idea, sube, como gran poeta que es él mismo, á la concepcion más elevada y al mismo tiempo más exacta de lo que en realidad y en verdad es un poeta.

Mucho más podría añadir y, hablando con toda sinceridad, mucho más había pensado escribir del libro *De flor en flor*; pero despues de todo ¿qué podría decir que sus lectores no piensen y sientan y digan mejor que yó pudiera decirselo? Por otra parte, más que hacer un estudio ó análisis de ese libro, me he propuesto en estas líneas ofrecer á su ilustre autor un justísimo tributo de respeto y de cariño.

JOSÉ MARIA DE LIZANA.

Bilbao 7 de Diciembre de 1882.

